

Ilusión, crisis y agonía

Carlos Framb · William Ospina
Héctor Abad Faciolince · Antonio Caballero
Alfredo Molano Bravo · Julio César Londoño



Ilusión, crisis y agonía

**Carlos Framb
William Ospina
Héctor Abad Faciolince
Antonio Caballero
Alfredo Molano Bravo
Julio César Londoño**



Edita:
CONFIAR Cooperativa Financiera
Calle 52 N° 49-40 Tel. 448 75 00
www.confiar.coop

ISBN: 978-958-99050-3-6

Diseño e impresión:
Pregón Ltda.

Se usó papel Propal Beige de 90 gramos
y cartulina de 200 gramos.

Contenido

Introducción	5
Acción de gracias	7
Carlos Framb	
Los tsunamis y las revoluciones	9
William Ospina	
Ver el Apocalipsis	13
Héctor Abad Faciolince	
Lo bello y lo terrible	17
Antonio Caballero	
El diluvio nacional	21
Alfredo Molano Bravo	
Un himno a la derrota.....	25
Julio César Londoño	

Introducción

Pertinaz, inclemente, furiosa tantas veces, triste y tenue, otras, copiosa casi siempre, estrepitosa sigilosa, intempestiva, vehemente, sencillamente hermosa y poderosa, el agua hecha lluvia, llovizna, rocío, granizo, tempestad, vendaval, tormenta, reclama sus viejos caminos, los surcos trazados en su danza sutil, sinuosa, fértil, milenaria, por montañas, valles o altiplanos que antes eran suyos, o en los que ahora aparece acaso artificialmente, sugerida como objeto decorativo de vallas que pregonan verdes paisajes, cielos despejados y azules, piscinas seductoras, aire puro.

Pero no termina la pesadilla con el absurdo menosprecio que estamos haciendo con el agua, es la naturaleza toda, incluida la nuestra –aquella untura que nos dota de la condición de humanidad–, la que desdeñamos sin conciencia alguna. Una vida que niega la vida en sus más exuberantes y profundas expresiones, en su generosa y plural capacidad de brindar placer y goce pleno.

Algo hay que hacer, y es inmensa la faena que nos toca aunque la derrota parezca inevitable, porque

la resignación no puede calarnos en los huesos y arrasar con el derecho que tenemos de creer y de crear, de intentarlo por lo menos, de resistir y de inventar otro mundo en éste, más digno y más humano.

Es esa la razón que explica el compromiso de **CONFIAR** con la publicación del cuadernillo *Ilusión, crisis y agonía*, una compilación de artículos periodísticos y literarios, que pretende motivar la conversación y la acción en torno al ser y al quehacer individual y social de la hecatombe natural que estamos padeciendo y que originamos desde nuestra negligencia o, más desolador aún, desde la de tantos otros que posan de altruismo y la producen en cantidades y con la lógica de la gran industria del consumo.

Que sea pues la contundencia de los argumentos expuestos por Héctor Abad Faciolince, William Ospina, Antonio Caballero, Alfredo Molano Bravo y Julio Cesar Londoño; la poética de las prodigiosas imágenes de Carlos Framb y la profunda sabiduría de los relatos mexicanos, las que acompañen nuestra necesaria y urgente pregunta por la vida y por lo que queremos que ella sea para nosotros y para los otros.

Acción de gracias

Qué cosmos es éste, que hasta la flor más breve da perfume, y nada tan pequeño que no haya sido engendrado entre esplendores; un Cosmos que se deja admirar y conocer; que permite a nuestro especie esa rara cualidad: la curvatura, y consiente la increíble ubicuidad de π . Otras geometrías habrá que no sabemos.

Qué azar es éste, el de moral en un fértil Universo cuyos mundos comparten la virtud potencial de hacerse piel inteligente; en cuyo abismo urden los seres tan profuso y enigmático tejido, en cuyo tórax de galaxias que se expande y que se enfría, crepita aún la llama temblorosa de mi humano corazón.

Es mi asombro que tuviera cada cosa su existencia, cada cual su propio rostro, cada uno su nombre y un destino; que observaran los arroyos el mandato inagotable de fluir, perpetuara la rosa en cada brote su misión de florecer, y armonizara de tal modo el polen con la abeja y con el viento.

Es mi alegría que tuviera la materia que soy el atributo de tornarse en poesía; que del fuego original y sus pavesas emanase este día de perfecta desnudez y luminoso paraíso; que el cósmico espumar de la entropía irrevocable prospera esta página fugaz de acción de gracias.

Tomado del libro *Un día en el Paraíso*, de Carlos Framb.
Página 69

Los tsunamis y las revoluciones

William Ospina

Alguna vez le dije a un amigo que no veía el motivo de alarmarse demasiado por las catástrofes de la naturaleza o los horrores de la historia.

“Siempre fue así”, le dije. Le recordé la tesis de Voltaire de que todas las edades se parecen por la crueldad de los seres humanos, por la arbitrariedad de los príncipes y la intolerancia de los sacerdotes. Para terminar, le repetí una frase amarga: “Dejaremos el mundo tan malvado y estúpido como lo encontramos al llegar”.

Pensaba yo que no había razón para estremecerse demasiado por los crímenes y las tragedias de la humanidad. Bastaba recordar que, según la mitología más difundida en estas tierras, ya en la segunda oleada de la creación Caín había matado a Abel, y en la tercera Dios, para acabar con la perversidad humana, nos envió un diluvio espantoso.

La historia, le dije a mi amigo, estuvo llena de esos horrores. Pero mi amigo respondió: “Lo malo es que la historia universal dura más o menos setenta años”. Me quedé pensando, y comprendí: en vano hablamos de historia universal, nuestra experiencia del mundo dura lo que dura nuestra existencia, y aunque nos lleguen miles de noticias de cosas que ocurrieron en otros tiempos, lo que verdaderamente ocurre, lo que maravillosamente, lo que espantosamente ocurre, sólo nos ocurre a nosotros en el plazo de una existencia. Lo dijo Macedonio Fernández: “El universo y yo nacimos en 1874”.

El extraño sabor de las revoluciones no está tanto en su desenlace cuanto en su decurso azaroso: ese inesperado derrumbamiento de la Unión Soviética hace dos décadas, esta actual e impredecible oleada de rebeliones en los países islámicos. El verdadero sabor de las catástrofes es ese que nos despierta asombrados ante la avalancha de Armero, ante el derrumbamiento intempestivo de las torres gemelas, ante esas guerras de Afganistán y de Irak, que nos han infamado la vida; o el haber visto esta semana esa ola monstruosa que en las pantallas iba arrasando ante nuestros ojos las costas de Japón, llevándose en su inexorable avance inocente centenares o miles de existencias.

Con cada vida vuelve toda la historia. Alguien tendrá que aprender el color de las rosas y el olor

de la lluvia; verá el desierto lunar alzándose como un sueño sobre las cosas; y aprenderá el amor, el crimen, la felicidad. Alguien volverá a descubrir que en el orden de la naturaleza no hay progreso posible, que nadie puede hacer más bellas a las rosas ni más significativas a las estrellas; alguien volverá a delirar que existen leyes de la historia, y alguien volverá a discutir que creer en esas leyes es tan quimérico como hallar formas de leones o de doncellas en las nubes del atardecer.

Lo que vivimos habrá ocurrido innumerables veces pero también es verdad que sólo ahora ocurre, todos vivimos al borde del abismo universal. Y lo que les ocurrió a las generaciones carece en suma de patetismo, porque lo verdaderamente patético es esta incertidumbre, el patetismo de lo inconcluso que sólo nos toca a los que no sabemos todavía cómo terminará todo esto.

Es lo que nos permite maravillarnos con lo maravilloso y espantarnos con lo espantoso; saber que es ahora cuando hay que estremecerse con los crímenes, conmoverse con las tragedias e indignarse con las tiranías. ¿Otros lucharon por la verdad, por el bien, y por la libertad? Ahora es nuestro turno.

“Lo malo es que todas estas cosas vienen a dar en un fracaso irremediable”, dirá León de Greiff. Pero lo único que puede hacer grandioso ese final es haber sido dignos de esta experiencia, que las tareas de la

vida no nos hayan hundido en el deshonor. Acaso surja esa verdad que le dará sentido a todo, ese ser que justificará tantos esfuerzos, esa revelación que iluminará la tiniebla. Pero si no llegaran, aún sería noble y valeroso gritar como Barba Jacob: “Sé digna de este horror y de esta nada / y activa y valerosa, oh alma mía”.

Después, no vendrá el final de una vida sino el final de un mundo. Y como en el poema de Borges: “No quedará en la noche una estrella, no quedará la noche”.

Los tsunamis y las revoluciones: William Ospina.
El Espectador, 13 de marzo de 2011

Ver el Apocalipsis

Héctor Abad Faciolince

Si las mariposas tuvieran mente y conciencia del tiempo, su descripción de la vida podría ser así: “el sol calienta la crisálida y yo abandono mi condición de gusano.

Nadie me enseña a volar, vuelo. Me paso el primer día de la vida —larguísimo, es la mitad de mi existencia— revoloteando entre las flores y chupando néctar. Toda la vida es verano o primavera. Por la noche descanso, escondida en un tronco del mismo color de mis alas magníficas. Al día siguiente, con la luz, encuentro un macho de mi especie; copulo y pongo huevos. Una dicha. Después, revoloteando despacio, lentamente me muero”. En el caso improbable de que una mariposa, durante su corta vida presenciara un terremoto, no le importaría; incluso un terremoto de 9 grados no tumba todas las flores, ni mata las mariposas que vuelan.

El tiempo humano es muy distinto al tiempo de las mariposas. Dos días de vida, para nosotros, no son casi nada. Si el tiempo se midiera en lo que nos tardamos para conseguir plena conciencia, el “uso de razón” que decía el catecismo, el tiempo humano debería medirse por quinquenios. Cada lustro ocurre algo importante en nuestras vidas, en promedio (un amor, una muerte, un nacimiento). Y en la historia política del mundo, cada medio siglo (una revolución, un genocidio, un rey justo). Pero la escala humana del tiempo, comparada con los tiempos geológicos de nuestro planeta, es tan ridícula como el tiempo de las mariposas. Un ser humano vive 30 mil días; una mariposa, dos. Vivimos quince mil veces más tiempo que las mariposas. Si conservamos la proporción, ochenta años por 15 mil, llegamos al tiempo geológico: en un millón doscientos mil años ocurren muchas cosas sobre la Tierra.

Un Dios que viviera todo ese tiempo vería cambiar la forma de los continentes; presenciaria terremotos tan devastadores que el tsunami de Japón parecería una brisa marina. Le tocaría el choque de por lo menos un inmenso meteorito sobre la Tierra y vería de qué manera, bajo una noche que duraría decenios, se extinguirían casi todas las especies animales y vegetales. Presenciaría tal vez la explosión de una estrella lejana y la llegada a nuestro planeta de radiaciones devastadoras para casi todas las formas de la vida. Alcanzaría a ver,

quizá, las selvas tropicales cubiertas de nieve y los dos polos invadidos por la selva.

Si una porción de era geológica consiste en los cambios que se aprecian durante un millón de años, desde esa perspectiva comprenderíamos —con nuestras mentes limitadas, de mariposas encerradas en nuestra breve ilusión temporal— que para nuestra especie no hay, no puede haber otro destino que el Apocalipsis. Lo que acabamos de ver, en vivo y en directo, durante el terremoto y el tsunami de Japón (más el consecuente desastre nuclear, de proporciones todavía incalculables), es tan solo una pruebita, un entremés, un diminuto anticipo de lo que puede ser, y será, “el final de los tiempos”.

En su honda y hermosa columna del domingo pasado, William Ospina señalaba lo siguiente: “En vano hablamos de historia universal, nuestra experiencia del mundo dura lo que dura nuestra existencia, y aunque nos lleguen miles de noticias de cosas que ocurrieron en otros tiempos, lo que verdaderamente ocurre, lo que maravillosamente, lo que espantosamente ocurre, sólo nos ocurre a nosotros en el plazo de una existencia”. Y luego citaba a Borges, al hacer una bellísima glosa al fin del mundo: “No quedará en la noche una estrella, no quedará la noche”.

Las tres calamidades sucesivas de Japón, de tierra, de agua y de radiaciones invisibles, nos recuerdan

que el destino de nuestra especie y de nuestro hermoso planeta es la desaparición. Ante esta tragedia inevitable podemos desesperarnos o seguir arrastrando la roca de Sísifo hasta la cima, para verla rodar de nuevo. Dijo Camus: “No existe amor por la vida sin desesperación por la vida”.

Héctor Abad Faciolince: Ver el Apocalipsis.
El Espectador, 20 de abril de 2011

Lo bello y lo terrible

Antonio Caballero

En el silencio quieto de la naturaleza, un silencioso estallido gris, blanco, redondo, como una flor de silencio sobre las torres frágiles como patas de araña y los pálidos y cúbicos volúmenes azules de la central nuclear.

Dice Rilke en una de sus Elegías de Duino que lo bello es el comienzo de lo terrible: aquel anuncio de lo terrible que todavía podemos soportar. Y dice Kant que lo sublime es lo terrible contemplado desde un lugar seguro: es sublime una tempestad en el océano vista desde la orilla y a prudencial altura, o la erupción de un volcán mirada desde una montaña suficientemente apartada. Acabamos de presenciar en el mundo entero, desde la seguridad de nuestras casas y a través del artilugio de la televisión, un espectáculo sublime, a la vez bello y terrible: el terremoto de Japón.

El terremoto propiamente dicho no lo vio nadie, pues ocurrió en el fondo del mar. (Se puede oír su ruido grabado en un sitio de Internet: un hondo y largo trueno creciente y pavoroso que dura y dura mientras en las pantallas se estremecen franjas de rayas de colores: dos angustiosos minutos de trueno interminable, incluso en el pasado.). Pero el tsunami consiguiente, la inmensa ola que se alzó desbocada para venir de frente a reventar en las costas de Japón, lo vimos todos, una vez y otra vez, en las pantallas de televisión del mundo entero. La cresta blanca que empieza a estirarse y desplegarse ante nuestros ojos (ante nuestras cámaras: ¿las cámaras de quién? Todos los habitantes del archipiélago japonés, por lo visto, estaban filmando el cataclismo), larga, plana, impoluta, hecha de luz: todo el océano Pacífico que se nos viene encima al galope hasta el tremendo choque inevitable contra la tierra firme, cuando de un golpe se vuelve negra como tinta en un inextricable y espeso revoltijo de basuras y escombros y tejados y buques y trenes a la deriva, aviones destripados, remolinos de carros y bosques arrancados de cuajo, montañas de chatarra repentina que ruedan y se entrechocan como juguetes rotos en un silencio terrible. No se ven cadáveres. Algún sobreviviente en la azotea de un edificio. ¿Quién filma todo eso? Solo después se oirán ruidos y voces, gritos de auxilio y opiniones de técnicos y la narración melodramática de los presentadores de la televisión. Edificios que se derrumban como

torres de naipes: de algo están hechas las frases hechas, y por eso han durado más que los edificios, más que la Torre de Babel. Incendios repentinos en el aire diáfano. Ríos de fuego, un barco que flota inmóvil en un remolino gris de espuma. Y ese resplandor lejano de incendios que iluminan las representaciones medievales del infierno. Agua, tierra, fuego, aire: los cuatro elementos esenciales que distinguían los filósofos antiguos.

Y un quinto más ahora: la radiación nuclear.

Primero vimos las explosiones de los reactores nucleares desde muy lejos, en una bruma de la que no se distinguía si era humareda de incendio o neblina de invierno. En el silencio quieto de la naturaleza, azul, gris azulada, un silencioso estallido gris, blanco, redondo, como una flor de silencio sobre las torres frágiles como patas de araña y los pálidos y cúbicos volúmenes azules de la central nuclear.

Y nada que hacer. Mirar.

Bueno: y la belleza ya no estética, sino ética, de esos cincuenta técnicos de la central nuclear que van a dar su vida en la tarea de refrigerar los reactores ardientes para que la radiación no contamine el país entero, vestidos de escafandras.

El diluvio nacional

Alfredo Molano Bravo

Llueve a cántaros en Honda. Llueve de día y de noche; a la madrugada y al atardecer.

El Magdalena baja endemoniado y enzarzalado, no deja entrar a sus aguas las del Gualí ni las de Quebrada Seca; las represa, las estanca, las desborda. Los ríos inundan barrios, se meten a las casas, corren por las calles, tumban árboles, mueven piedras. Se oye de lejos. En las orillas se apiña la gente pobre; el crecimiento de las haciendas en las tierras planas la ha empujado a vivir al borde de los ríos. Vive orillada. La zozobra es general. Las autoridades se han limitado a gritar, desde lejos —por un megáfono—, que la gente debe abandonar sus casas y que hay un par de carpas abiertas en una escuela. La Policía deambula armada hasta los dientes; tiene miedo de un motín. El Ejército anda ocupado luchando contra la guerrilla. La Cruz Roja vende billetes de

lotería. Los helicópteros militares pasan sin saber si van o vienen de la guerra (quizás dan el parte del tiempo a la Oficina de Prevención de Desastres). En las calles, los desplazados —ahora por el invierno— arman carpas, hacen fogón, arrullan niños. Miran aterrados y resignados. La plaza de mercado, una joya, está a punto de ser destruida por el Gualí, que ya destruyó la biblioteca y el archivo municipal Alfonso Palacio Rudas. Las zapatas del Puente Navarro —construido en 1899 y hermano del Golden Gate de San Francisco, California— están en peligro de ser destrozadas por las crecientes del Magdalena. Puerto Bogotá, frente a la ciudad de los puentes, se derrumba poco a poco.

Las aguas apozadas en la Sabana de Bogotá — que volvió a ser una laguna—, junto con las que sueltan de Betania y El Prado para evitar que las presas estallen, han llevado el río Magdalena a niveles nunca registrados. A la vecina Útica, como a Armero, la sepultó una avalancha de barro. Puerto Nare, Canta Gallo y Puerto Wilches se ahogan, y hacia el norte avanzan las aguas caídas y por caer. Los ribereños de los ríos no saben qué es peor: si los bombazos de agua —que los pueden arrastrar con todo y casas—, el deslave de las lomas que amenaza con sepultarlos vivos, o el robo de los pocos —muy pocos— enseres que han logrado conseguir a lo largo de años de miseria. En el caos pulula el bandidaje. Las alertas rojas se

reducen a un comunicado de prensa —entregado a los periodistas— sobre el peligro inminente, a un censo de amigos de las administraciones locales supuestamente damnificados y al trámite de una ley cuyas anunciadas ayudas nunca llegan a la gente para la cual la emergencia invernal fue decretada.

La carretera Honda-Villeta está cerrada, y durará así por muchos meses porque la banca en La Batea se hundió el miércoles; la variante por Cambao-Albán está cerrada por deslaves y rocas; la de Manizales-Honda ya ni existe. Así las cosas, el domingo de Pascua, en la ‘Operación Retorno’, el intrépido general Palomino y sus hombres asistirán al trancón más espectacular que registre la historia del país en la vía Ibagué-Bogotá. Están cerradas diecisiete carreteras nacionales y treinta y cuatro nacionales. Colapso total. Los derrumbes son sistemáticos, las cordilleras se derriten, las bancas se deslíen. Invías no da abasto. Los contratistas huyen; la plata de los peajes se esfuma. En Colombia el único general que no recibe lo que demanda es el general invierno. Hay tres millones de afectados, cien muertos y trece departamentos en alarma roja.

El diluvio nacional: Alfredo Molano Bravo.
El Espectador, 24 de abril de 2011

Un himno a la derrota

Julio César Londoño

A las muchas razones esgrimidas para explicar la perdurabilidad del libro central de Cervantes, yo quiero agregar, con el vivo temor de que ya la hayan advertido la legión de comentaristas que se han aplicado al estudio de su obra, esta observación: el Quijote es un canto a la derrota.

Y nos hiera a todos de manera muy íntima porque al fin y al cabo Alonso Quijano fue un hombre que es todos los hombres. ¿Quién no soñó cambiar el mundo alguna vez? ¿Quién no ha querido ser campeón de la justicia, o al menos de un torneo? Todos acariciamos esa quimera un día, antes de que la realidad nos hiciera agachar la cabeza a punta de porrazos y nos obligara a transarnos con modestas y con frecuencia mezquinas empresas.

Conmueve, y de alguna forma nos humilla, el hecho de que sea un anciano el que salga a enderezar el mundo, a socorrer viudas y desfacer entuertos. Tenía que fracasar, claro, porque no estamos ante la historieta de un superhéroe ni ante un libro de ficción (el Quijote es una novela realista cuyo personaje central vive en un mundo fantástico). Pero el fracaso lo engrandece. Si hubiera triunfado, si hubiera logrado construir la utopía, sentiríamos que era un libro falso, una comedia, como aún lo consideran muchos que encuentran divertido que un anciano sea objeto de palos y escarnios. No. El Quijote es, como sentía Dostoievski, un libro genial y triste. Muy triste. Porque no es divertido que un hombre viejo sufra escarnio y porrazos como pago de sus nobles empresas.

Suena paradójico, pero el fracaso y la tragedia pueden salvar las obras, y a las personas, del olvido. ¿Qué sería de Zorba el griego si no se le hubiera venido abajo el entable de su aserrío? ¿Recordaríamos hoy a Marilyn Monroe y a Luis Carlos Galán si las garras de la tragedia no los hubieran sacado a tiempo de escena? La derrota del Quijote lo humaniza. Al triunfador lo admiramos porque lo sentimos de una raza superior. Al perdedor lo sabemos semejante. Se parece a nosotros. Sufre y fracasa como nosotros. Como todos los que alguna vez soñamos cambiar el mundo, y fracasamos.

A Thomas Mann y a Vargas Llosa les molesta que Alonso Quijano recobre la razón al final, uno de los pocos momentos felices del libro. Cómo se ve que no lo entendieron. Que ninguno de sus seres queridos ha perdido la razón, que ninguno de sus hermanos ni amigos amaneció un día perdido en el delirio, levantando para siempre entre él y la familia y el mundo el muro más alto y espeso, la locura.

Alonso Quijano tenía que recobrar la razón; primero, porque no hay un bien máspreciado. Y segundo, porque era un hecho necesario para que fuera consciente de su derrota.

Lo mágico es que don Quijote sigue dando la batalla. A pesar de todo, y aunque termine con “los brazos rompídos de luchar con los vientos”, ahí está, sirviendo a las generaciones como ejemplo de generosidad, de ingenuidad, de grandeza de espíritu y fortaleza de ánimo. Ahí sigue, vivo en ese adjetivo que casi lo resume, quijotesco, y que nos sirve para designar las empresas nobles y de antemano perdidas. Sigue vivo en millares de personas cuya divisa es la bondad y su norte el servicio al prójimo. Ahí sigue, como un japonés estoico, como si supiera que “la derrota tiene más dignidad que la ruidosa victoria”, como si hubiera triunfado porque, “después de todo, querido Sancho, las cosas grandes con intentarlas basta”.

El Quijote es, en suma, un himno a la derrota, una prueba de la fuerza que puede encerrar una gran derrota, un fracaso grandioso, y una suerte de evangelio laico de la solidaridad, que es la ternura de los pueblos, según la definición del Che Guevara.

Un himno a la derrota: Julio César Londoño.
El Espectador, 25 de marzo de 2011

